

Santa Teresa, Tierra Baldía, Estación Final

Santa Teresa, Waste Land, Final Station

Patricia Poblete Alday

U. Academia de Humanismo Cristiano. Santiago, Chile

E-mail: ppoblete@gmail.com

Resumen

La obra de Roberto Bolaño oscila entre el arquetipo vitalista de la ciudad-laberinto (el DF, el Santiago de Chile, la Barcelona de su juventud) y la imagen terminal de la ciudad que se desintegra en el desierto. El siguiente artículo profundiza en este último arquetipo, identificando en Santa Teresa aquellos rasgos que la definen como una geografía necesaria e inevitable dentro de la poética del autor, como metáfora del propio texto, y como manifestación palmaria de un final que es, a la vez, intra y extra-textual.

Palabras clave: 2666 – Roberto Bolaño – Imaginarios urbanos.

Abstract

The work of Roberto Bolaño oscillates between the vital labyrinth-city archetype (Mexico DF, Santiago de Chile, Barcelona - where the author spent his youth) and the final image of the City that disintegrates itself in the desert. The following article delves into this last archetype, identifying in Santa Teresa those traits to the defined it as a necessary and inevitable geography within the poetics of the author, as a metaphor for the text itself, and as matter manifestation of a final that is at the same time, intra and extra-textual.

Key words: 2666 - Roberto Bolaño -Urban imaginaries.

¿Por qué candorosa intuición localizamos
en un infierno el mal que no tiene límite?

GASTÓN BACHELARD

Entre el DF, en el cual los realvisceralistas realizan su educación literaria y sentimental; y los basureros de Santa Teresa/Ciudad Juárez donde van apareciendo los cadáveres de mujeres, median unos dos mil kilómetros, seis años, doce libros. Sin embargo, los parajes del desierto de Sonora se encuentran presentes ya desde los primeros escritos de Roberto Bolaño: en sus versos de juventud (reunidos luego en *La universidad desconocida*), aquel paisaje severo, esa “tierra de moscas y lagartijas, matorrales resechos y ventiscas de arena” (2007:383) se canta y anhela como el único teatro concebible para su poesía, acaso porque la geografía se tornaba en el autor, ya en ese entonces, un carácter y un destino. Hablamos, por supuesto, de un proyecto escritural que se funde desde sus inicios con un trayecto de vida, y que lamentablemente quedan trancos en su cénit; transmutándose ambos en polvo del desierto.

Ambas ciudades, el DF y Santa Teresa, operan como dos extremos del imaginario urbano que nutrió la vida y la obra de Bolaño: desde el arquetipo vitalista de la ciudad-laberinto a la imagen terminal de la urbe que se desintegra en el desierto. Aquí, la otrora ‘región más transparente’ (donde el autor residió entre 1968 y 1977; esto es, de los 15 a los 24 años) se añora en tanto depositaria de los sueños y las esperanzas de la época de juventud. Menos que amenazas, sus zonas oscuras, peligrosas o confusas imponen pruebas de madurez que los protagonistas deben superar, como Teseo a la caza del minotauro o como Belano desafiando al Rey de los Putos de la Colonia Guerrero (1999:77 y ss). En esta misma dirección, Barcelona (ciudad a la cual Bolaño llegó en 1977) se recuerda con nostalgia como una especie de paraíso terrenal, donde la vida era maravillosa y a los problemas se les llamaba sorpresas (1998:471), y que funcionaba —en la memoria ya del autor— como el engranaje de su particular *bildungsroman*: “Para mí fue un descubrimiento y me quedé en Barcelona, me enamoré de la ciudad. Fue un amor absoluto por Barcelona y una *universidad*. Aprendí cosas que creía que sabía pero que en realidad no.” (Dés, 2005:140, las cursivas son mías).

Bolaño, Belano, B, García Madero, Ulises Lima, van aprendiendo la gramática de la ciudad junto a la de la poesía: por ello es que esta última se concibe como una forma de vida, como un ‘habitar’ antes que como una práctica escritural concreta. A cambio, y sin que ellos lo sepan, la urbe exigirá los últimos restos de su inocencia, así como la soberbia de sus sueños grandilocuentes (revolucionar la poesía, cambiar el mundo). En este estadio, el telón de fondo ya será otro: el Santiago de Chile post golpe, sumido en la dictadura, el miedo y el toque de queda. Esta otra megápolis hace de gris escenario de la derrota política, y por lo mismo, viene a ser el sarcófago de esa ingenuidad que subyace a toda utopía. “Chile y Santiago alguna vez se parecieron al infierno y ese parecido, en algún sustrato de la ciudad real y de la ciudad imaginaria, permanecerá siempre” (2003:217), afirma Bolaño —el autor—, pero también Bolaño el narrador de “Encuentro con Enrique Lihn”.

Si el DF fue el optimismo y el desborde de la juventud, Santiago es el paso a la adultez, con toda la carga de dolor y decepción que ello supone. Sabido es que Bolaño viajó desde México a Chile para ‘hacer la revolución’ en 1973, y que sólo alcanzó a vivirla unos días antes de que ocurriera el golpe de Estado. Ansioso por probar su heroísmo, Belano/Bolaño se embarca en un viaje largo, plagado de peligros, “el viaje iniciático de todos los pobres muchachos latinoamericanos”, al decir de Auxilio Lacouture (1999:63). “La experiencia del amor, del humor negro, de la amistad, de la prisión y del peligro de muerte se condensaron en menos de cinco meses interminables, que viví deslumbrado y a prisa”, en palabras del autor (2004b:53). Por eso, cuando regresa al DF ya no es el mismo: ha crecido, ha cambiado, ha visto al Horror de cerca.

Tras esta breve escala continúa el derrotero hacia la estación final. Pero Santa Teresa despunta en el imaginario de nuestro autor mucho antes de que su topografía adquiera consistencia narrativa. Se anuncia en dos relatos de *Llamadas telefónicas* (1997, 2002): en “William Burns”, cuya anécdota le ha sido referida al narrador, supuestamente, por Pancho Monge, “policía de Santa Teresa, Sonora”, y en “El gusano”, donde Belano comenta que su abuelo provenía de dicha ciudad. En la respuesta de su interlocutor comenzamos ya a distinguir los tonos apocalípticos que adquirirá la localidad en 2666: “[El gusano] Dijo que cerca del pueblo pasaba un río llamado Río Negro por el color de sus aguas y que éstas al bordear

el cementerio formaban un delta que la tierra seca acababa por chuparse” (2002:81).

En *Los detectives salvajes* (1998), Santa Teresa es la ciudad que debe tomar el coronel Libbrecht con sus tropas, en el año de 1865; esto al menos según el relato de Ulises Lima. La ciudad adquirirá más relieve en la tercera parte, cuando Lima, Belano, Lupe y García Madero, recalen allí para buscar a Cesárea Tinajero. El último rastro cierto de la fundadora del real visceralismo ‘original’ se pierde en esa ciudad, donde ejerció como maestra de escuela y vivió en la calle Rubén Darío, que “[...] por entonces era como la cloaca donde iban a dar todos los desechos de Santa Teresa” (1998:595). Belano y Lima recorrerán el Registro Municipal, la Oficina del Censo y las del único diario local — *El Centinela de Santa Teresa* — en busca de la poeta perdida; registran las bibliotecas, la universidad, y hasta se reúnen con el decano de la Facultad de Filosofía y Letras: Horacio Guerra, “el doble exacto, pero en pequeñito, de Octavio Paz” (1998:569), según las anotaciones de García Madero. En *2666*, ya no será Horacio, sino Augusto Guerra quien regente dicha Facultad: el hecho de que se mantenga el apellido y su símil con el ensayista — en su “mezcla de campechanía ilustrada y aire marcial” (2004a:256) — cimienta aún más esta homologación actancial, la que viene a complementar la prefiguración del universo de Santa Teresa en las obras previas a *2666*.

Finalmente, en el volumen de ensayos, críticas y discursos *Entre paréntesis* (2004b), Bolaño explicita el referente ‘real’ de esta localidad: Ciudad Juárez, escenario de la ola de femicidios que se suceden en México desde 1993. En el artículo titulado “Sergio González Rodríguez bajo el huracán”, Bolaño no sólo elogia *Huesos en el desierto* —la investigación periodística que el mexicano realizó acerca de los asesinatos de mujeres en la frontera, y que fue publicada como libro bajo el sello Anagrama en 2002— sino que agradece la ayuda “sustancial” de su autor, quien lo nutrió de la información necesaria para escribir buena parte de *2666*. La deuda terminará de saldarse al convertir a González Rodríguez en personaje de su novela, manteniendo en ella su misma identidad y profesión.

Ya en *La Parte de los Críticos*, Santa Teresa se nos presenta como una urbe eminentemente industrial, sin belleza, vegetación ni más vida que la que se remeda en los locales nocturnos. Por la descripción que realizan los tres académicos europeos a su llegada, sabemos que la zona más pobre se

sitúa hacia el oeste, donde la mayoría de las calles carecen de asfalto y los taxistas se niegan a ingresar. En el centro se localiza la parte antigua, con calles empedradas; en el este, los barrios de clase media y clase alta; allí también está la universidad (que según Amalfitano “parecía un cementerio que de improviso se hubiera puesto vanamente a reflexionar”, 2004a:239). En el norte se ubican las fábricas, y en el sur, las vías férreas y algunos campos de fútbol rodeados de chabolas. Finalmente, en la periferia hay más barrios pobres, lotes baldíos y los basureros clandestinos donde suelen aparecer los cadáveres; entre éstos el más atroz y recurrido es el apodado el *Chile*. Entonces, en Santa Teresa asistimos a la misma paradoja que se observa en su referente real, Ciudad Juárez: son las orillas las que dominan su centro (González Rodríguez, 2002). Lo que queda fuera, lo que se margina o se oculta se enseñoorea del imaginario urbano, contaminándolo y resemantizándolo.

Santa Teresa, botón de muestra de la fealdad industrial, debe ser entendida como una manifestación terrenal del infierno o del purgatorio; el punto de fuga donde la libertad y el tedio terminan de desatarse y el mal se vuelve intersticial, inaprehensible, parte integral de la vida (pos) moderna. Tal como dice uno de los personajes de *Los detectives salvajes* respecto a las aldeas africanas asoladas por la guerra: “una copia fiel del fin del mundo, de la locura de los hombres, del mal que anida en todos los corazones” (1998:532). Resulta llamativo que en el estado de Sonora encontremos al menos cuatro localidades con el nombre de Santa Teresa: una al suroeste de la ciudad de Hermosillo; otra al este, en las Sierras El Maviro; una tercera al noroeste de Ciudad Obregón, y otra al suroeste de Nogales, cerca de la localidad de Magdalena de Kino. Por su cercanía con la frontera estadounidense, esta última es la que más se acerca a la Santa Teresa de 2666; sin olvidar el carácter ficcional de ésta, el desierto de Sonora parecería signado por el sino de esta ciudad desde los cuatro puntos cardinales, como si de esta forma se indicara el epicentro del mal y el radio de su influjo. Así, Santa Teresa puede ser considerada no sólo como un trasunto de Ciudad Juárez; al ser metáfora física y moral del ‘basurero universal’, es también una actualización de la Babilonia bíblica, aquella ciudad que alberga todas las formas de corrupción y por lo tanto está destinada a desaparecer (Apocalipsis 17-18). Porque, como dice el investigador Kessler, allí “todos, absolutamente todos son como los antiguos cristianos en el cir-

co” (2004a:339), y lo mejor que podrían hacer es salir al desierto y cruzar la frontera.

El desierto, que circunda Santa Teresa “como un puño de hierro” (2004a:716), constriñe a sus habitantes en todos los sentidos posibles: sus temperaturas los agobian; su soledad los aísla; su árido paisaje los entristece; su rigor productivo los convierte en autómatas; su silencio los enloquece; sus espejismos, en fin, los confunden. Si en el Libro del Éxodo, el desierto es la prueba que Israel debe atravesar hacia la liberación, aquí parece ser un castigo por los pecados acumulados durante generaciones; un estado de impotencia tanto humana como divina. Y es que en la narrativa de Bolaño el desierto no es sino un espacio terminal, la tierra baldía que metaforiza el destino de una región; es figura de la soledad y de la imposibilidad latinoamericanas, “los espacios yermos de un continente sin salida” (2004b:301); “el sitio adonde se va únicamente a morir o a dejar que el tiempo pase, que viene a ser casi lo mismo” (2004b:254). En este sentido, el desierto vuelve a ser aquí lo que era para las viejas religiones dualistas maniqueas: “la morada del príncipe de los infiernos, el reino mismo de la Nada o la emergencia sensible del abismo sin fondo y sin fundamento” (Trías, 2006:35).

Santa Teresa, “un oasis de horror en medio de un desierto de aburrimiento”, parece un espejismo que nos devuelve nuestra propia imagen, deformada “por la infame interpretación de la libertad y de nuestros deseos” (2004b:339), como afirmaba Bolaño al comparar el infierno con Ciudad Juárez. Un agujero negro que fagocita, sin llegar a sintetizar, las propias contradicciones que la conforman: la opulencia de un sistema capitalista y la pobreza extrema del Tercer Mundo; el pensamiento liberal y el machismo recalcitrante; tecnología de punta y basura en las calles; las enormes construcciones de concreto y la arena finísima del desierto. La localización fronteriza no sólo remarca la transitoriedad como condición de vida y la fragmentación de las identidades sino que, tal como plantea González Rodríguez (2002), amenaza con convertir esta zona en un territorio inerte, perdido para siempre entre algo y la nada.

Especie de “Comala posmoderna” (Cabrera, 2005:1999), “cementerio urbano repleto de voces femeninas que no son más que huesos sinónimos de lo invisible” (Fourez, 2006:36), el mapa de Santa Teresa es incapaz de señalarnos el lugar desde donde emana el mal. Liberado de su contrario,

aquél se banaliza, haciéndose inmanente e intersticial (Baudrillard, 1991, 1993): no está en ningún lugar, y a la vez los domina todos, como si fuera un virus o una atmósfera. Por ello sus manifestaciones (el crimen, el azar), dejan de ser una excepción reductible y controlable para convertirse en la norma, para asentarse en la propia naturaleza humana. Entonces, y en última instancia, si Santa Teresa es el antro de la perdición no es por las drogas, ni por la corrupción, ni por la pornografía, ni siquiera por las muertas: es por su impulso de normalizar la barbarie, de generar una falsa transparencia. Es por esto que sus autoridades optan por la explicación del asesino serial: la desviación de *uno* no pone en peligro la normalidad de *todos*; es reductible, recuperable, readaptable. En cambio, al inscribirse dentro de la ‘normalidad’ la patología deja de ser tal, y los crímenes se vuelven síntoma no de una perversión individual y de carácter clínico, sino de la adhesión a un *sistema* siniestro que por sí solo sintetiza el conjunto de todas las persiones posibles.

Paradójicamente, ese violento afán de blanquear nuestro lado oscuro encuentra terreno fértil en el desierto. “El paso de cualquier persona se cancela en aquella tierra suelta que repele la memoria”, resume González Rodríguez (2002:26), apelando tanto al hecho de que la arena emborrona las huellas como a la costumbre de los narcotraficantes de enterrar a sus víctimas en sus propios ranchos. Junto a ello, la corrupción, la inoperancia y la indolencia fomentan un negacionismo que resulta ser tan perverso como el afán femicida, puesto que permite a quienes apelan a él perpetuar la transgresión, convirtiéndola en un crimen perfecto, sin historia, ni huella, ni recuerdo, ni memoria (Roudinesco, 2009). La maquiladora es, en este contexto, un símbolo de aquella voluntad de amnesia colectiva; un gigantesco animal de fierro que se ‘traga’ los habitantes, su conciencia y sus historias, tal como en la *Metrópolis* de Fritz Lang; tal como se lee en este fragmento:

[...] la maquiladora EMSA, una de las más antiguas de Santa Teresa, (...) no estaba en ningún parque industrial sino en medio de la colonia La Preciada, como una pirámide de color melón, con su altar de los sacrificios oculto detrás de las chimeneas y dos enormes puertas de hangar por donde entraban los obreros y los camiones (2004a:564).

En Santa Teresa, por último, van a morir no sólo las mujeres o las esperanzas de un continente, sino también y sobre todo, el imaginario narrativo del mismo Bolaño. Es en Santa Teresa, con *2666*, donde acaba su producción literaria, coincidiendo con su propio deceso. La inminencia de su propio fin — y la conciencia que Bolaño tenía de ella — no pueden sino traslucirse en su novela; el apocalipsis narrativo y colectivo que se delinea en aquí coincide con el final de la vida del escritor. Así como el rastro de Belano y Lima se pierde en los desiertos de Sonora, en él se detiene la evolución del mundo posible creado por nuestro autor; se detiene y — pese a sus riquísimas posibilidades de sentido — se clausura. El fin del manuscrito aquí no sólo es el final de una ficción, sino que significa — implicándolo sin denotarlo jamás — un final que es real e individual: la muerte del autor.

Si el criminalista estadounidense Robert Ressler — modelo del Kessler bolañiano — llamó la ‘dimensión desconocida’ a la zona fronteriza de Ciudad Juárez (González Rodríguez, 2002), Santa Teresa bien podría ser llamada una especie de ‘Triángulo de las Bermudas’, donde quien entra jamás vuelve a salir. Ni las mujeres asesinadas, ni el autor, ni sus lectores, quienes seguimos — y seguiremos, qué duda cabe — planeando por sobre sus maquiladoras, sus basureros, sus calles sin asfaltar, en busca de una clave interpretativa que guíe futuras re-lecturas. Porque hoy sabemos con certeza, tal como los cuatro críticos intuyen respecto a Archiboldi, que ya no habrán más libros de Bolaño (al menos no de factura contemporánea).

Tal como sucede en el libro del Apocalipsis, tenemos aquí que el final de una biografía queda férreamente unido al término de la historia del mundo y de su imaginario. La muerte física, acaso la forma más rotunda y dramática del fin, siempre nos habla de una totalidad perdida, y *2666* refracta esa catástrofe con la ironía y la ambigüedad que pueblan toda la obra de Bolaño, dando fe, por última vez, de que todo lo que empieza como comedia acaba como un responso en el vacío.